

Con hierros y encuentros de oro,
Seis lanzas de grande estima.
Y con entrañable amor
Jarifa también le envía
Una caja de cipreses,
Que de olores trascendía,
Llena de preciosa ropa,
Blanca y bella á maravilla.
El Alcaide valeroso
El presente recibía
Agradeciendo en extremo
Al moro que le traía:
Las adargas y caballos,
Y las lanzas repartía
Con aquellos caballeros
Que iban en su compañía
Cuando al moro Abencerraje
Prendieron, y él escogía
Para sí el mejor caballo,
De mas lustre y galanía,
Y la caja de cipreses
Con la ropa que traía:
Volvió las cuatro mil doblas,
Y al mensajero decía:
—A la ilustre y noble dama,
A la señora Jarifa,
La diréis cómo recibo
Las doblas en este día
En señal de su rescate
Y de quien tanto quería,
Y á ella la sirvo con ellas,
Aunque mas se le debía,
Para ayuda de los gastos
De su boda, y le ofrecía
Para lo que conviniese
Su casa, estado, honra y vida.—
El mensajero, volviendo,
Relacion de todo hacía
A Jarifa y noble moro,
Los cuales con alegría
Aceptaron las mercedes,
Que el Alcaide proponía.
Cuya magnanimidad
Lustre á su genealogía
Dió, que pues por todo el mundo
Se sonaba y escribía.¹

(Historia del enamorado moro Abindarraez, escrita por JUAN DE TIMONEDA, Pliego suelto.— It. TIMONEDA, Rosa española.)

¹ Es el último romance de la historia del moro Abindarraez el Mozo, de Jarifa y de Narvaez, y de la época de Don Juan II. Después de él pudo colocarse el morisco novelesco núm. 228, porque también trata de Narvaez.

² Es el mismo romance, con variantes y con diverso principio del que dice: *El valiente Don Rodrigo*, inserto en la *Rosa española*, de Timoneda, reimpreso por el señor Wolf.

³ La interesantísima narración que ha servido de asunto al romance está tomada de las tradiciones populares, conservadas en otros mas viejos. El famoso Rodrigo de Narvaez, tan célebre por su generosidad, por su caballerismo y por su carácter noble, espléndido y desinteresado; el valiente moro Abindarraez, tan tierno, tan fiel cumplidor de su palabra; y la hermosa y apasionada Jarifa, forman un cuadro que puede decirse que simboliza el carácter de los hijos de la Bética, cual ántes y ahora se ostentó y se conserva ileso. Todos los españoles participan de él; pero es preciso confesar que lo que parece mas ideal se realiza entre los andaluces, tanto en el bien como en el mal. Llenos de poesía, nobles, generosos con los vencidos, sin humillarlos, saben hacerse amigos cuando quieren, y lo quieren casi siempre, aun á riesgo de ser vendidos y de verse burlados. La confianza que tienen en sí propios les impide el temor de nuevas agresiones, pues esperan vencer de nuevo. Por eso no se ceban en el enemigo vencido, y le tienden la mano para levantarlo; le dan su lado y su mesa, le albergan en su propio aposento, le abren las arcas de su tesoro, y si algo les ha quedado, lo parten con el menesteroso, olvidando, quizá en demasía, si es digno del beneficio que se le dispensa.— Son francos y espléndidos cuando tienen que dar, y no se desdían de recibir, más por el placer de volver á darlo, que por el ansia de atesorarlo ó guardarlo para sí. Y no se crea que este carácter de los andaluces es privativo de las clases altas: hasta los mas miserables

participan de él, y cuando tienen algo, puede decirse que no hay á su vera pariente pobre. Hasta los bandidos conservan la idiosincrasia del país. Roban con una mano para repartir con las dos; pocas veces maltratan ó matan, y mil y mil veces se los ha visto repartir su botín con los robados, convidarlos á beber con la mayor frescura, y mirar como la cosa mas natural del mundo, que el que algo tiene, sea como sea, haga partícipe de ello al que nada le quedó ó á los lisonjeros que le adulan. Los andaluces son grandes poetas, oradores eloquentes, buenos políticos, generosos con los vencidos, á quienes pasada la refriega abren los brazos y albergan en su seno: son confiados como todos los valientes, espléndidos y nada avaros; pero no son ni serán nunca hombres de cuenta y razon. Las cuentas del Gran Capitan han llegado á ser un proverbio que no desmienten, aun en el día, sus paisanos. Saben vencer en la guerra como él, conquistar un reino, dar la paz á la patria; pero jamas el dinero que gastan, jamas hacen un arqueo, jamas cierran el arca ni saben lo que tiene, hasta que al meter la mano la sacan vacía.

Y no se entienda que esta nota, por mas que en las actuales circunstancias lo parezca, contiene alusiones personales: nada de eso. Abrase la historia, estudiense las costumbres del país, y se verá que su contenido es una verdad general, hija de generales observaciones. Un andaluz avaro del dinero, que no sea franco con sus libros, que no sea comunicativo y expansivo de su ciencia buena ó mala, cual la posee, es un fenómeno, es un monstruo que rara vez se encuentra. Lo último que puede hacer un andaluz es desconfiar de sí propio y de su fortuna; por abatido que se vea, siempre espera; pero no pugna por levantarse.

ROMANCES SOBRE LOS HECHOS CABALLERES- COS DEL MAESTRE DE CALATRAVA DON RO- DRIGO TELLEZ DE GIRON ¹.

1095.

BATALLA ENTRE EL MAESTRE Y EL MORO BARBARIN.

(Anónimo.)

Por la vega de Granada
Un caballero pasea
En un caballo morcillo
Ensilado á la gineta:
Adarga trae embrazada,
La lanza traía sangrienta
De los moros que habia muerto
Antes de entrar en la Vega.
Los relinchos del caballo
Dentro del Alhambra suenan;
Oídolo habian las damas
Que están vistiendo á la Reina:
Salen de presto á mirar
Por allí á ver quién pasea;
Vieron que en su lado izquierdo
Traía una cruz bermeja;
Conocieron ser cristiano,
Vanlo á decir á la Reina.
La Reina, cuando lo supo,
Vistiérase muy de priesa;
Acompañada de damas
Asomóse á una azotea.
El Maestro la conoce,
Bajado le ha la cabeza;
La Reina le hace mesura,
Y las damas reverencia.
Con un paje que allí estaba
Le envía á decir, ¿qué espera?
El Maestro le responde:
—Amigo, deci á su Alteza
Que si caballero moro
Hubiere que lo merezca,
Que por servir á las damas
Me venga á echar de la Vega.—
Oídolo ha Barbarin,
Que quiere tomar la empresa;
Las damas lo están armando,
Mirándolo está la Reina.
Muy gallardo sale el moro,
Caballero en una yegua,
Por las calles donde iba
Va diciendo:—; Muera, muera! —

ROMANCES RELATIVOS Á LA HISTORIA DE ESPAÑA.

413

Cuando fué junto al Maestro,
D'esta suerte le dijera:
—Date por mi prisionero,
Que á las damas de la Reina
He dejado prometido
De llevarles tu cabeza.
Si quieres ser mi captivo,
Quitaréles la promesa.—
El Maestro le responde
Con voz alta y muy modesta:
—Cumple, á ser buen caballero,
Si tú quieres, tal empresa.—
Apártase uno de otro
Con diligencia y discreto,
Juegan muy bien de las lanzas,
Arman muy buena pelea.
El Maestro era mas diestro,
Al moro muy mal hiriera:
El moro desesperado
Las espaldas le volviera.
El Maestro le da voces,
Diciendo:—; Cobarde, espera,
Que te afrentarán las damas
Si no cumples tu promesa!—
Y, viendo que se le iba,
A mas correr le siguiera,
Enviándole con furia
La lanza por mensajera.
Acertádole habia al moro,
El moro en tierra cayera;
Apédoose ha el Maestro,
Y cortóle la cabeza.
Con un paje se le envía
A la Reina, que la espera,
Con un recaudo que dice:
—Amigo, deci á la Reina,
Que pues el moro no cumple
La palabra que le diera,
Que yo quedo en su lugar
Para servir á su Alteza.

(TIMONEDA, Rosa española.— It. WOLF, Rosa de romances.)

¹ Don Rodrigo Tellez Giron, por renuncia de su padre Don Pedro, fué elegido gran maestro de la orden de Calatrava, cuando apenas tenia ocho años de edad. En el de 1466, después de muerto su padre, se ratificó la elección. Esto sucedió bajo el reinado de Enrique IV. El Papa, á ruego de la Orden, y en vista de la menor edad del Maestro, para que la gobernase, nombró por administrador de ella á Don Juan Pacheco, gran maestro de la de Santiago. Muerto este, y ya Don Rodrigo de diez y seis años de edad, empezó á gobernar por sí su maestrazgo. Posteriormente tomó mucha parte en las turbulencias del Reino, siguiendo las banderas del rey de Portugal, que contra los Reyes Católicos defendía los derechos de Doña Juana la Beltraneja, hija reconocida por Enrique IV, aunque tenida por adúlterina, justa ó injustamente, en opinion del pueblo. Algunos años después el maestro Don Rodrigo se sometió á los Reyes Católicos, y los sirvió hasta morir delante de Loja, cuando los cristianos la asaltaron, y allí fueron derrotados por los moros y el alcaide de la ciudad Ali Atare el año 1482, es decir, diez años de la toma de Granada.

Este Don Rodrigo fué célebre en los fastos y tradiciones novelescas de las guerras de Granada por sus valentías, y por el respeto y aun amistad que inspiraba á los moros sus contrarios; es el mismo á quien algun poeta hace espirar en brazos de Muza, hermano del rey Chico, y por quien se hizo el romance que dice: *Mira el cuerpo casi frío*, que hemos colocado en el núm. 1111.

1096.

Á RUEGO DE ALBENZAIDOS LE AYUDA EL MAESTRE DE CALATRAVA AL RAPTO DE SU AMADA MORA, Á QUIEN EL REY QUERIA CASAR CON OTRO.

(De Lucas Rodríguez.)

De puro amor abrasado
Sale un moro de Granada,
Galan, dispuesto, gracioso,
Aunque á guisa de batalla,
En un caballo alazan
Bañado con pintas blancas,

T. XVI.

Una cota jaegerina,
Que como el sol relumbraba;
Una lanza larga y gruesa,
De ambos extremos herrada.
Un albornoz trae vestido
De tela de oro y de plata;
Trae un corazon pintado
En el medio de su adarga;
Una mano le rompía
Y una saeta le pasa,
Con un letrero que dice:
«Por ti mi vida y mi alma.»
Un borcegui colorado
Con la vuelta adamascada,
El tocado todo verde,
Hecho con muchas lazadas
Que se las puso Tarifa
Cuando le entregó su alma.
Pregunta por el Maestro
Que dicen de Calatrava;
Y cuando vieron venir
Al moro con tal pujanza,
Preguntanse unos á otros:
—¿Qué será lo que demanda?
O es Cegri, ó Abencerraje
Que quiere pedir batalla,
O es el moro Albenzaidos
Que viene á tomar venganza
Por la muerte de su tío,
Que murió en Sierra-Nevada.—
Mas cuando llegó al real,
La bandera luego baja
En señal que va de paz
Y que la paz ya demanda;
Y como llegó al Maestro,
Del caballo se arrojaba.
Hince la rodilla en tierra;
D'esta manera le habla:
—Gran capitan y Maestro,
Oye, señor, mi embajada.
Sabrás que puse mi amor
Y mi alma está entregada
A la mas hermosa mora
Que nació dentro en Granada,
Y siempre á mí me ha querido
Como á su vida y su alma.
El Rey la quiere casar
Con un moro de gran fama:
Añoche se desposó,
Y se ha de velar mañana.²
Dárame seis caballeros
Para llevar en mi guarda,
Y la sacaré esta noche,
Aunque esté muy encerrada.
Maestre, si así lo haces,
Te doy mi fe y mi palabra
Que me casaré con ella
En viniendo del Alhambra,
Y me tornaré cristiano
Y mi Tarifa cristiana.—
El Maestro le responde
Que d'ello mucho se holgaba.
Nombraron seis caballeros
Que fuesen en retaguarda,
Y cuando llegó la noche
Al punto se aderezaban.
Salen bravos, helicosos;
A Granada caminaban.
Habla el moro algarabía
A las guardas que guardaban:
Piensan ser moros guerreros
Que vienen de la emboscada,
Y cuando estuvieron dentro;
Fuéron donde ella aguardaba
Encendida en vivo fuego
Y casi desesperada,
Y sin pedir mas favor
Se arrojó por la ventana,
Caminan todos con ella,

8

Cada cual se receleba.
El fuerte moro lo siente,⁴
Que se halla sin compañía;
No aguarda á tomar caballo,
Porque el tiempo le faltaba.
Una gruesa lanza toma,
Y á la puerta caminaba.
Las guardas luego le dicen
Lo que tanto deseaba:
Dicen que el moro Albenzaidos
Con otros seis en compañía,
Todos á guisa de guerra,
Para el real caminaban
Donde estaban los cristianos,
Y una mora que llevaban.
Alaridos daba el moro,
Que estremecen la campaña.
Por las calles va gritando
Hasta llegar á su casa,
Donde estaba el rey Chiquito
Con gente de guerra y guarda,
Y arrancando sus cabellos
Y mesándose la barba,
Les cuenta lo que ha pasado
Y su desdicha tamaña.

(Rodríguez, *Romancero historiado*.)

⁴ En este y los tres romances que le siguen, llama el poeta Albenzaidos al moro á quien el Maestre ayudó á libertar su dama: pero otros dicen que fué Muza, como puede verse en el romance de la muerte del Maestre, núm. 1111, que dice: *Mira el cuerpo casi frío*, y en los moriscos novelescos, números 101, 102 y 105.

² El poeta no parece muy exacto en pintar los actos religiosos del mahometismo en punto á matrimonio. Velanse los cristianos; pero los moros no conocían ni conocen esta ceremonia puramente católica.

³ El moro que lo sintió debió ser el marido ó prometido de Tarifa que huyó con su amante.

1097.

SIGUE LA MISMA HISTORIA.

(De Lucas Rodríguez.)

Tan quejoso está y sañudo,
Y tan feroz, recio y bravo
El invencible rey Chico
De Granada y su reinado,
Cual suele el jabali herido
Del cazador acosado,
Con los agudos colmillos
Y el pelo todo erizado.
Extremos son los que hace
De hombre desesperado:
De su misma ley reniega;
Ya vuelve desatinado,
Ya cae de su estado en tierra,
De la cólera cortado;
Ya del dolor se levanta
Y entra en su real palacio;
Ya mesa barba y cabello;
Ya vuelve y dice forzado
Del pasado pensamiento
Y del hecho avillanado:
—Renegaré de Mahoma,
En quien vivo confiado,
Y de sus fueros y leyes,
Y cuanto tiene vedado,
Si d'este atrevido moro
No viniere á ser vengado,
Hasta quedar satisfecho
Y tan contento y pagado,
Que sobrepuje el castigo
A su gran culpa y pecado,
Y lleve tan cruda pena
Que al mundo deje espantado.—
Estas y otras cosas dice,
Do claramente ha mostrado
La encendida y fiera saña,

Cual leon encarnizado,
Que si delante le viera
Le hubiera despedazado.
Trazas da el entendimiento
Y el corazon alterado,
Y así determina y quiere,
Estando ya sosegado,
Llamar á los consejeros
Del mahomético bando,
Y que todos determinen
Lo que han de hacer en tal caso:
Y dada noticia entera,
Entre todos conformando,
Siguen la sentencia y dicho
Del gran moro Trapisando,
Que entre los demas tenia
Autoridad, voto y mando.
Díceles que le den dones
Al Católico Fernando,
O al invencible Maestre,
General de todo el campo,
Para que vuelvan la mora,
Pues que así siempre se ha usado.
Unos dicen: — Bien parece.—
Otros dicen lo contrario;
Unos siguen su sentencia,
Otros la van desechando.
Y lo que el rey Chico dice
Los demas han confirmado,
Dándolo todo por bueno,
Lo que el moro ha sentenciado.

(Rodríguez, *Romancero historiado*.)

1098.

SIGUE LA MISMA HISTORIA.

(De Lucas Rodríguez.)

Ya se parte un diestro moro
De la ciudad de Granada,
En el mismo punto y hora
Que la sentencia fué dada
Dentro del real consejo
Sobre la traicion armada
Del fuerte moro Albenzaidos
Y de Tarifa su amada,
Con una carta del Rey,
En que en ella relataba
Muy largamente el intento
De la tan triste embajada,
Y donde dice al Maestre
Tener el alma llagada
De saña, rencor y enojo
Por lo que su gente usaba.
Después que sus consejeros
Dieron ya por sentenciada
La tan grande villanía
Y tan cruda y mal pensada,
Lo que la carta contiene
En muy breve se relata:
Que al Maestre le suplica
Con intencion no alterada,
Tenga por bien dar la mora,
Injustamente ganada,
Y que si quier ser su amigo
Que no le será negada
Su amistad sincera y firme,
Quedando siempre obligada.
Prométele ricas joyas,
Pero estimálas en nada;
Que apenas fué del Maestre
La carta abierta y notada,
Cuando en breve le responde
Ser en balde su jornada,
Porque la intencion que tiene
No estaba á ello inclinada.
El mensajero se vuelve,
La breve respuesta dada,

Y de confusion y pena
Toda la color mudada,
Al Rey le da la respuesta,
La rodilla en tierra hincada.
La carta besa primero,
Segun la crianza usada,
Y leida determina
Que otra vez fuese juntada
Su real audiencia y corte
Sobre la malicia armada.
Con el enojo que tiene
Manda que se toque alarma,
Y juntó sus capitanes,
Los de mas esfuerzo y maña,
Y cuando los tuvo juntos,
Les cuenta de la embajada
Que al Maestre le ha enviado
Y de la respuesta dada,
Que no quiere dar la mora,
Aunque le den á Granada;
Y si os pareciese, amigos,
Se haga cruda batalla.
Todos dicen: — Sea así,
Y que luego así se haga.—
Otro mensajero envían
Con otra nueva demanda;
Con el mensaje que lleva
Campal desafio trata,
Y llegado el mensajero,
D'esta manera le habla:
—Valeroso y gran Maestre,
Honra y flor de toda España,
El rey Chiquito me envía,
Porque quiere hacer venganza
En que salgan ocho al campo
De la una y otra banda,
Con que si vencen los moros
Tarifa sea entregada
En el palacio del Rey
Donde será libertada.—
El Maestre le responde
Que de ello mucho se holgaba,
Quedando ya de su parte
Esta batalla aplazada:
El mensajero se vuelve,
Y al instante al Rey relata
Lo que el Maestre responde,
Y que la batalla se haga
Para un día señalado,
Cuatro á cuatro en la campaña,
Y si salen victoriosos,
Alcanzando gloria y palma,
Le volverán á Tarifa,
De todos acompañada.

(Rodríguez, *Romancero historiado*.)

1199.

SIGUE Y ACABA LA MISMA HISTORIA.

(De Lucas Rodríguez.)

Después que la clara aurora
Su luz al mundo ha mostrado,
Y el rojo y luciente Febo
Su rostro luciente y claro,
Y al húmido y al terreno
Con su presencia alumbrado,
Y cuando las dulces aves
Hacen mas dulce su canto,
En la ciudad de Granada
Cuatro moros se han armado
Con muy relucientes armas
Y con feroces caballos;
Gruesas lanzas y tendidas,
Con los arneses tranzados,
Alfanjes ricos ceñidos
Con escudos acerados,
Y con mucha gala puestos
Tocados de oro bordados,

Con cascos finos de acero
Debajo bien apretados,
Todos con espuelas de oro
Y borceguis encarnados.
Moraicelo ha por nombre
El uno, muy señalado;
Mandroco llaman al otro,
Qu'es el moro desdichado
A quien robaron la mora
Siendo con ella casado;
El tercero es Alaicin,
Belicoso, recio, osado;
El cuarto Alain se nombra,
Robusto, membrudo y bravo.
Con varias divisas salen
Que los hacen mas lozanos,
Y tan bravos y orgullosos
Que á Granada causa espanto.
Vanse á despedir del Rey,
Que los estaba aguardando
Triste, ansioso y afligido
Por el suceso pasado.
Todos cuatro se le ofrecen
Vencer, ó morir, el campo:
Y habiéndose despedido,
A Mahoma van llamando,
Y el favor de sus amigas
Les pone esfuerzo doblado.
Al campo caminan luego
Do los están esperando
Los tres cristianos feroces,
Con ese moro Albenzaidos,
Que lo llevan en compañía
Porque con tino ha jurado
Que peleará con Mandroco
Hasta morir á sus manos.
Don Gonzalo Figueroa
Es uno de los cristianos;
Vaseo Ponce se intitula
El otro, muy afamado,
Y Don Enrique con ellos
Que quiere ser llegado
En parte donde á los moros
Los hubiese dividido.
Ya los cristianos avisan,
Ya los están esperando,
Ya se ven unos á otros,
Ya se vienen encarando,
Ya los caballos relinchan,
Ya rompen por todo el campo,
Ya se traba escaramuza,
Ya llaman á Santiago,
Ya las lanzas son astillas
Ya los arneses hollados
No les queda cosa sana
Hasta venir á los brazos,
Y en la batalla sangrienta
Un moro sale llagado:
De una lanzada cruel
El corazon traspasado,
Cayó en el suelo, diciendo:
— ¡Ay de mí, desventurado! —
Convocan al gran Mahoma,
Que so pierde ya su bando,
Y aunque tres solos quedaban,
Eran valientes y osados,
No pierden punto de esfuerzo
Para resistir á cuatro.
Los cristianos acometen
Por el uno y otro lado;
Mas ellos como valientes
Se defienden apiñados.
Por el valor de los moros
Dudan mucho los cristianos,
Porque Moraicelo el fuerte
Un cristiano ha derribado;
Pero los tres que quedaban,
Con un esfuerzo sobrado
Les aprietan fuertemente,

Su compañero vengando,
Por que Albenzaidos con ira
A Maudroco le ha cortado
El escudo, yelmo y carne,
Y muerto le ha derivado;
Y el uno de los dos moros
A Don Vasco Ponce ha dado
Un golpe, tan duro y fiero,
Que habiendo el yelmo abollado
Le derrocó sin sentido
A los piés de su caballo.
Pero movidos á saña
Por esto sus adversarios,
Puestos sobre los estribos
A los dos moros han dado
Cada cual tan mortal golpe,
Que el uno muerto ha quedado,
Y el otro se escapó huyendo
Un brazo casi cortado.
Voces y gemidos tristes
Va por todo el campo dando;
Maldiciendo va á Mahoma
Y maldiciendo su hado
Que tan contrario le ha sido
Y en favor de sus contrarios
Y entrando por la ciudad
Va por el Rey preguntando,
Y cuando estuvo con él
Le dice lo que ha pasado,
Y contando la batalla
Muerto cayó de su estado.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

1100.

EL BATALDOS SE ESCAPA DE LA PRISION DE GALERA POR VER
Á SU AMADA; VUELVE Á ELLA PERSEGUIDO DE SUS CON-
TRARIOS ¹.

(Anónimo.)

En la fuerza de Galera
Estaba preso Albayaldos,
Grande galan granadino,
De Jerez ginete bravo;
El que robaba en las fiestas
Los ojos y los cuidados
De todas las damas moras,
Por la gala y por las manos;
El que á la Zambra venia
Dejando seguro el campo,
Que del amor á las armas
Vuelo parecen sus pasos.
En la prision una noche,
Cuando del bullicio bravo
Se desvian juntamente
Las fieras y los humanos,
Tanto imitaba á su dueño,
Que presumiendo Albayaldos
Que responderle podría,
Así dice suspirando:
«¡Ay libertad, que en vano
Al parecer me escuchas y te llamo!»
A Granada parte el moro,
Sus centinelas burlando;
Que no hay estrechos deseos
Con ser tan largos los pasos.
Sus alas le presta amor,
La noche su oscuro manto,
La ocasion le dió ventura,
El tiempo seguro espacio.
Francelisa le recibe
En su cuerpo y en sus brazos:
Las voluntades le acercan,
Los deseos le apartaron.
La envidia muerta de gusto,
Como al suyo estorba tanto,
Contóle á Muley Hamete
La soltura de Albayaldos.
Era Muley un morillo

A bajezas inclinado,
Muy envidioso y malquisto,
Celoso, por despreciado;
Y de su infame costumbre
Los embustes aumentando,
A Cegries y á Gomeles
Reveló el secreto agravio.
«¡Ay libertad, que en vano
Al parecer me escuchas y te llamo!»
Al ruido de la trompeta
Y conmoviendo los labios,
Huyó el preso que tenia
Francelisa en bellos lazos,
Y dejando el alma en ellos
El cuerpo se puso en salvo;
Que amor, ocasion y tiempo
Cegarán á cien mil Argos.
La ronda del Rey le busca,
Mas no parece Albayaldos,
Que ya se volvió á Galera,
A su remo y á su banco.
En la prision está el moro,
Y el Amor está á su lado;
La venda encima los ojos,
Debajo del brazo el arco.
Albayaldos le decia:
— Lévame, niño, un recado
A Francelisa, pues tienes
Tan buena ventura en dallas.
Dile, Amor, que mil prisiones,
Guardas, peligros, contrarios
Vencerá el atrevimiento
Que en mis esperanzas hallo,
A cuya ley y tus flechas
Mis sentimientos encargo.—
Fuése Amor á Francelisa,
Y esto repite Albayaldos:
«¡Ay libertad, que en vano
Al parecer me escuchas y te llamo!»

(*Romancero general*.)

¹ Este Albayaldos es distinto del de los romances moriscos
novelescos. Pudiera haberse puesto entre ellos; pero se coloca
aquí por la relacion que tiene con los del Maestre, segun se ve
por el que le sigue.

1101.

PIDE ALBAYALDOS BATALLA, POR GANAR HONRA, AL MAES-
TRE DE CALATRAVA DON ROBRIGO GIRON.

(Anónimo.)

A los soldados que hacian
En la puerta Elvira guarda,
Aquel espantoso rayo,
El Giron de Calatrava,
El que tantos y tan buenos
Sacó á la fuerte Granada,
Habiéndolos saludado
Les dice con faz humana:
— Amigos, decí al rey Chico,
Que si licencia le es dada,
Un cristiano aventurero
De los de la cruz de grana
Quiere entrar en la ciudad
A correr algunas lanzas;
Que lo permita su Alteza,
Pues de fiesta real se trata.—
Fuéron, y como volviesen
Concediéndole la entrada,
Se puso en espacio breve
En la nueva y ancha plaza,
Cuyos abiertos terrados,
Miradores y ventanas
Estaban curiosamente
Adornados y entoldadas,
Y la gente entretenida
Al son de confusas cajas,
De sutiles inventivas,

Y de singulares galas.
Iba en un rucio andaluz
De vistosa piel rodada,
Con una bella cubierta,
Cual la misma nieve blanca,
De finísimo brocado,
Con lazos de oro bordada,
Y sembrada á breves trechos
De lo mismo mil lazadas:
Blancas y vistosas plumas
Con oro fino argentadas,
Como el famoso Maestre,
Sin diferenciar en nada,
En cuyo siniestro lado
Del capellar se mostraba
Aquella insignia gloriosa
De la gran cruz colorada.
Y habiendo al Rey y á la Reina
Saludado, y á las damas,
Con inclinar la cabeza,
Y dado vuelta á la plaza,
Fué conocido de muchos
Y de Muza que le abraza,
Dando á su vista la corte
De alegría muestra extraña.
Llegóse al mantenedor,
Que era el valiente Abenámar,
Con quien habiendo corrido
Con gran destreza tres lanzas,
Ganó una rica cadena
Que dos mil doblas pesaba.
Besóla, y dióla á la Reina
Con cabeza y vista baja,
Que de su valor quedó
Y cortesia admirada.
Oyendo mil parabienes
Y gloriosas alabanzas,
Rindiendo mil corazones
De aquellas moras gallardas,
Atropellando su vista
Las mas recatadas almas,
Tan ricas en su presencia
Cuanto pobres de esperanzas,
Llorosas de los efectos
De su dura ausencia amarga,
Vuelve al caballo las riendas
Para dejar á Granada;
Mas el valiente Albayaldos,
Sediento de gloria y fama,
Pide batalla al Maestre
De lanza, espada y adarga,
Que para el día siguiente
Con gajes quedó aceptada.

(*Romancero general*.)

1102.

CADALGADA EN QUE ALBAYALDOS MUERE Á MANOS DEL
MAESTRE DE CALATRAVA TELLEZ DE GIRON.

(Anónimo ¹.)

¡Ay Dios, qué buen caballero
El maestre de Calatrava!
¡Oh cuán bien corre los moros
Por la vega de Granada
Con trecientos caballeros,
Todos con cruz colorada,
Dende la puerta del Pino
Hasta la Sierra-Nevada!
Por esa puerta d'Elvira
Arrojara la su lanza:
Las puertas eran de hierro,
De banda á banda las pasa,
Que no hay un moro tan fuerte
Que á demandárselo salga.
Óidolo ha Albayaldos
En sus tierras donde estaba,
Arma fustas y galeras,
Por la mar gran gente armaba:

Sáleselo á recibir
El rey Chico de Granada.
— Bien vengais vos, Albayaldos,
Buena sea vuestra llegada ²:
Si venis á ganar sueldo
Daros he paga doblada,
Y si venis por mujer
Dárosla he muy galana.
— Muchas gracias, el buen Rey,
Por merced tan señalada,
Que no vengo por mujer,
Que la mia me bastaba;
Mas si porque me dijeron,
Allende el mar donde estaba,
Qu'ese malo del Maestre
Tiene cercada á Granada,
Y por servirte, buen Rey,
Traigo yo toda esta armada.
— La verdad, dijo el rey moro,
La verdad te fué contada,
Que no hay moro en esta tierra
Que espere cara á cara,
Sino fuere el buen Escado
Qu'era alcaide del Alhama;
Y una vez que le saliera
¡Caro le costó á Granada!
Veinte mil hombres llevó,
Y ninguno no tornara.
El encima de una yegua
Muy herido se escapaba.
— ¡Oh mal hubiese Mahoma ³
Allá do dicen estaba,
Cuando un freile capilludo ⁴
Arrojó en Granada lanza!
Diésedesme tú, buen Rey,
La gente que buena estaba,
Los ginetes de Jaen,
Los peones de tu casa,
Qu'ese malo del Maestre
Yo te lo traeré á Granada.
— Calles, calles, Albayaldos,
No digas la tal palabra,
Dijo un moro, que el Maestre
Es muy fuerte en las batallas,
Y si en el campo te toma
Haráte temblar la barba.—
Respondiérale Albayaldos
Una muy fea palabra.
— ¡Si no fuera por el Rey
Diérate una bofetada!
— Esa bofetada, moro,
Fuérate muy bien vengada,
Que tres hijos tengo alcaides
En el reimo de Granada:
El uno tengo en Guadix
Y el otro lo tengo en Baza,
Y el otro lo tengo en Lorca,
Esa villa muy nombrada,
Y á mi, porqu'era muy viejo,
Entregáronme al Alhama;
Y porque veas, perro moro,
Si te fuera bien vengada...—
El buen Rey los puso en paz,
Que ninguno mas no hablaba,
Sino Albayaldos, que pide
Licencia le sea dada,
Porque con sola su gente
Quiere cumplir su palabra.
El Rey se la concedió:
Mucha gente le acompaña.
Por los campos de Jaen
Todo el ganado robaba,
Muchas vacas, mucha oveja,
Y el pastor que lo guardaba;
Mucho cristiano mancebo
Y mucha linda cristiana.
A la pasada de un río,
Junto á la orilla del agua,
Soltádolese ha un pastor

De los que presos llevaba.
Por las puertas de Jaen
Al Maestre voces daba.
—; Dónde estás tú, el Maestro?
¿Qu'es de tu noble compañía?
Hoy pierdes toda tu gloria,
Y Albayaldos se la gana.—
Cidolo há el Maestre
En sus palacios do estaba.
— Calles, calles tú, el pastor,
No digas la tal palabra,
Que si hoy pierdo mi honra
Mañana será ganada.
¡Al arma, mis caballeros,
Todo hombre, sus, al arma!—
Luego qu'en campo se vido
A los suyos esforzaba;
A la bajada de un valle
Por cima do asomaba
Vió cómo iba Albayaldos
Con toda su cabalgada.
El Maestre que lo viera,
D'esta suerte razonaba:
— A ellos, mis caballeros,
Que ninguno se nos vaya.—
Pone piernas al caballo,
Y aprieta muy bien su lanza:
El primero qu'encontró
En tierra muerto le echara.
Andando por la pelea
Con Albayaldos topara:
Con la fuerza del Maestre
Albayaldos se desmaya.
Cayó muerto del caballo,
Y así su vida acabara.
Los suyos cuando esto vieron
Cada cual á huir se daba.

(Cod. del siglo xvi.—It. TIMONEDA, Rosa española.
— It. WOLF, Rosa de romances.)

¹ Un fragmento de este viejo y célebre romance, le pone Perez de Hita en su *Historia de los bandos de los Cegrics*, etc.; pero allí supone hacerse la batalla del Maestre, con Muza. Algunos creen que el héroe de este romance es Don Pedro Giron, y no su hijo y sucesor Don Rodrigo.

² En el romance núm. 730, que dice: *Por el val de las castas* etc., hace un rey moro al Cid las mismas preguntas y ofertas que en este el rey Chico á Albayaldos.

³ Otros dicen:
Reniego de tí, Mahoma,
Y de tu secta malvada,
Porque un fraile capillado
Meta la lanza en Granada.

Los dos primeros versos son proverbiales y se hallan en varios romances viejos, entre ellos en el del rey Marsin, núm. 534.

⁴ Los caballeros profesos de las órdenes militares se llamaban Freires ó Freires, y llevaban por sobreveste y en forma de escapulario una capilleta que les cubria el pecho. A esta y no á una capucha de fraile alude la voz *capillado*.

4103.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

¡Ay Dios, qué buen caballero
El maestre de Calatrava!
¡Qué bien que corre los moros
Por la vega de Granada,
Dende la puerta de Quiros
Hasta la Sierra-Nevada!
Trecientos comandadores
Todos de cruz colorada:
Dende la puerta de Quiros
Les va arrojando la lanza.
Las puertas eran de pino,
De banda á banda las pasa:
Tres moricos dejó muertos
De los buenos de Granada,

Qu'el uno ha nombre Alanese,
El otro Agameser se llama,
El otro ha nombre Gonzalo,
Hijo de la renegada.
Sabido lo ha Albayaldos
En un paso que guardaba.

(Sigúense ocho romances viejos.— Pilego suelto.)

4104.

ALBAYALDOS MORIBUNDO RECIBE EL BAUTISMO POR MANOS DEL MAESTRE DE CALATRAVA.

(Anónimo.)

Que en agua santa le lave,
Con voz débil, mal distinta,
Pide el famoso Albayaldos
Al Giron, prez de Castilla,
Fijo en Dios el corazón,
Porque la turbada vista
Con la sangre le faltaba
Y casi apénas respira.
Cuidoso el de Calatrava,
Con suma presteza aguija
A reparar aquel daño
Que causó su diestra invicta;
Y alzando con ambas manos
De una fuente convecina
El agua que coger pudo,
Le abre del cielo la vía.
Gozoso el nuevo cristiano
Mezcla con el agua misma
Mucha que vierten sus ojos,
Gozosos en ver tal día.

—; Oh venturosa jornada,
Dice, inexplicable dicha,
Merced del piadoso cielo
Con mano franca y benigna!
¡Oh muerte sabrosa y grata,
Pues nace de tí mi vida,
Do mis miserias lavadas
Hoy el alto Dios olvida,
A quien confieso y adoro
Por lo que la fe me dicta,
Por mi autor y redentor
Como la razon me obliga!
¡Tarde llegué á conocerte!
Mas tu bondad infinita
Y mis vivas esperanzas
Que no hay tarde en tí me gritan.
Perdona la mucha sangre
Que mi diestra inadvertida
Derramó de tus cristianos
Con persecucion continua:
En cuyo lugar recibe,
Aunque es recompensa chica,
Esa que mis flacas venas
Por tantas partes destilan.
Bien sabes tú, como aquel
Que lo interior examina,
Que, cual tu pueblo, quisiera
Volver por tu ley divina;
Pero pues lugar me falta
Supla tu sangre vertida,
Pues lavar puede una gota
Toda la humana malicia.
Ya me parece que ve
Tu presencia esta alma rica,
Y que la dices que vaya
A ocupar celeste silla.
Y tú, de Dios Madre Virgen,
De los aflictos guarida,
A un nuevo cristiano ampara
Que te llama con fe viva.
Y tú, Precursor glorioso,
En quien he puesto la mira,
Por cuyo nombre troqué
Aquel de la secta inicua,
Pues tanto con Dios alcanzas,

Suplícale que remita
La gravedad de mis culpas,
Culpas en hombre no vistas.—
Con esto perdió la habla,
Que las mortales heridas
Eran penetrantes todas,
Y las de Giron no chicas:
El cual parte á curar d'ellas
Porque el gran riesgo le obliga,
Pidiendo al valiente Muza
Que á lo encomendado asista,
En cuyos piadosos brazos,
Con ansia y mortal fatiga,
Se desató el fudo estrecho
Qu'el cuerpo y el alma unia.

(Romancero general.)

¹ El espíritu de proselitismo nació entre los cristianos, fué hijo del amor á Dios y al prójimo: de la caridad, en sus primeros tiempos; y por mas que los hombres lo hayan extraviado convirtiéndolo en odio é intolerancia, la palabra y la idea divina se conserva pura é ileña en la verdadera doctrina. Solo así puede explicarse cómo esta dulce religion se ha propagado y sostenido á pesar de las instituciones humanas que la han falsado con leyes atroces y fanáticas. Lo cierto es que el espíritu de caridad ha vencido, no solo á las instituciones religiosas paganas, lo que era fácil, sino hasta á la fuerza brutal y á la opresion del pensamiento con que se ha querido fortalecer á las potestades de la tierra. ¡Cuán grande y sublime, cuán impercedera debe ser, segun la promesa de Jesucristo, su religion de caridad! Cuán meritoria la sangre de sus mártires, si la vemos aun invencible é inmaculada en doctrina, á pesar de la ciega y apasionada intolerancia con que los cristianos, faltando á sus preceptos, llevaron la violencia y el martirio, en vez de la persuasion, contra hombres que de buena fe, quizá, profesaban otras creencias que acaso, si de miedo ofrecian renunciar, no estaba en su mano descreer! Sin embargo de esto es tan grande el poder de la opinion, que semejante intolerancia tuvo un influjo inmenso en las sociedades de los siglos medios, y tan grande que todas sus costumbres, sus hábitos, su literatura, sus ciencias se resienten de ello. El romance que anotamos y otros muchos no son sino un débil reflejo de los tiempos caballerescos. El *Orlando furioso*, del Ariosto, que tanto ha influido en nuestra poesia del siglo xvi, es el resumen del estado social en los siglos medios. Allí se ve la fe viva, la ardiente caridad á vueltas del atroz fanatismo, la devocion unida á la licencia, el error mezclado con la verdad, la religion con los ciegos impulsos de la mas estúpida supersticion. Tal fué el mundo cristiano en los tiempos bárbaros, tal fué despues en gran manera, y tal lo es ahora entre los ignorantes apasionados que pretenden aun hacer triunfar la doctrina divina con persecuciones y hogueras. Falto de fe en las promesas del Salvador del mundo, fían su conservacion en las leyes humanas, como si á ellas hubiese Dios confiado el cumplimiento de su palabra, como si el Hacedor supremo les hubiese dado la mision de ser sus vengadores á sangre y fuego. Como quiera que sea, esta opinion dominó largos años, y á pesar de ella el Cristianismo ha triunfado y triunfará de los extravíos de la fe y de la razon. Quien quiera ver la historia viva y el cuadro completo de la sociedad de los siglos medios, lea y estudie el poema del Ariosto, el cual puede considerarse para ellos como los poemas de Hesiodo y Homero respecto á la civilizacion pagana. Estos libros son la enciclopedia de sus respectivas épocas: en ellos se contienen todas las tendencias, la historia y la fe de las sociedades de donde surgieron los grandes poetas que las conservaron á la posteridad y los siglos.

4105.

ENCOMIENDA QUE ESTANDO PARA ESPIRAR HACE ALBAYALDOS AL MAESTRE DE CALATRAVA.

(Anónimo.)

De tres mortales heridas,
De que mucha sangre vierte,
El valeroso Albayaldos
Herido estaba de muerte:
El Maestre le hiriera
En batalla dura y fuerte.
Revolcándose en su sangre
Con el dolor que le advierte,
Los ojos mirando al cielo
Decía de aquesta suerte:
— ¡Sirvete, dulce Jesus,
Que en este tránsito acierte

A acusarme de mis culpas,
Para que yo pueda verte,
Y tu Madre piadosa
Mi lengua rija y concierte,
Porque Satanás maldito
Mi alma no desconcierte.
¡Oh hado duro y acerbó,
Si yo quisiera creerte,
Ni viniera á tal estado,
Ni viniera así á perderme!
El cuerpo doy por perdido,
Que el alma no se me pierda
Porque confío en las manos
De aquel que pudo hacerme,
Que tendrá de mí piedad
Este día por valirme.
Lo que, Maestre, te ruego,
Si algo quieres socorrerme,
Que aquí me des sepultura
Debajo este pino verde,
Y encima pon un letrero
Que declare esta mi muerte;
Y dirás al rey Chiquito
Cómo yo quise volverme
Cristiano en aqueste trance,
Porque no pueda ofenderme
El fementido Alcoran
Que pretendió escurecerme.

(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de Cegrics*, etc.)

4106.

EPITAFIO DE ALBAYALDOS.

(Anónimo.)

Aquí yace Albayaldos,
De cuya fama el suelo estaba lleno,
Mas fuerte que Reinaldos,
Ni el conde Paladino, aunque fué bueno
Matóle el hado ajeno
De su famosa vida,
Envidia conocida
De aquel sangriento Marte,
Que pudo tan sin arte
Ponerle al hierro duro,
Por vivir en su cielo mas seguro.

(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de Cegrics*, etc.)

4107.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Es el trofeo pendiente
Del ramo de aqueste pino,
De Albayaldos Sarracino,
De moros el mas valiente
Del estado granadino.
Si aquí Alejandro llegara
A este sepulcro, llorara
Con mas envidia y mas fuego
Que lloró en aquel del Griego,
Que el gran Homero cantara.

(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de Cegrics*, etc.)

4108.

ALIIATAR, POR VENGAR LA MUERTE DE SU PRIMO ALBAYALDOS, DESAFIA AL MAESTRE DE CALATRAVA, QUE LE MATA EN DUELO SINGULAR.

(Anónimo.)

De Granada parte el moro
Que Aliatar se llamaba,
Primo hermano de Albayaldos,

Al qu'el Maestre matara,
Caballero en un caballo
Que de diez años pasaba:
Tres cristianos se le curan,
El mismo le da cebada.
Una lanza con dos fierros,
Que treinta palmos pasaba:
Hízola aposta el moro
Para bien señorealla;
Una adarga ante sus pechos
Toda nueva y cotellada,
Una toca en su cabeza
Que nueve vueltas la daba:
Los cabos eran de oro,
De oro, de seda y de grana;
Lléva el brazo arremangado
So la mano albeñada.
Tan sañudo iba el moro,
Que bien demuestra su saña,
Que mientras pasa la puente
Nunca al Darro le miraba.
Rogando iba á Mahoma,
A Mahoma suplicaba
Que le muestre algun cristiano
En qu'ensangrienta su lanza
Camino va de Antequera,
Parecía que volaba:
Solo va sin compañía
Con una furiosa saña.
Antes que llegue á Antequera
Vido una seña cristiana,
Zelve riendas al caballo
Para ella le guiaba:
La lanza iba blandiendo,
Parecía que la quebraba.
Saliósele á recibir
El maestre de Calatrava,
Caballero en una yegua
Qu'ese día la ganara
Con esfuerzo y valentía
A ese alcaide del Alhama;
De todas armas armado,
Hermoso se divisaba;
Una veleta traía
En una lanza acerada.
Viénense el uno al otro,
Y el moro gran grita daba,
Diciendo: —; Perro cristiano,
Yo te prenderé la barba! —
El Maestre entre si mismo
A Cristo se encomendaba.
Ya andaba cansado el moro,
Su caballo ya alojaba;
El Maestre, qu'es valiente,
Muy gran esfuerzo tomaba.
Acometió recio al moro,
La cabeza le cortara.
El caballo, qu'era bueno,
Al Rey se lo presentaba;
La cabeza en el arzon
Porque supiese la causa.

(Aquí comienzan seis romances. El primero de La mañana de Sant Joan, Pliego suelto.—It. TIMONEDA, Rosa española.—It. WOLF, Rosa de romances.)

¹ Este Aliatar es diverso del de los romances moriscos fabulosos, y debe suponerse que del defensor de Loja, en cuyo ataque murió después el Maestre.

² Con variantes es el mismo de la Rosa española, de Timoneda, reimpresso por Wolf.

4109.

AL MISMO ASUNTO ¹.

(Anónimo.)

De Granada sale el moro
Que Aliatar era llamado,
Primo hermano del valiente,

Y el esforzado Albayaldos,
El que matara el Maestre
En el campo peleando.
Sale á caballo este moro,
De finas armas armado;
Sobre ellas una marlota
De damasco leonado.
Leonado era el bonete,
Negro el plumaje azulado,
La lanza tambien es negra,
Adarga negra ha tomado;
Tambien el caballo es negro,
De valor muy estimado;
No es potro de pocos dias,
De diez años ha pasado;
Tres cristianos se lo curan,
Y él mismo le da recando.
Sobre tal caballo el moro
Se sale muy enojado;
Llegando á la plaza Nueva,
Hacia Darro no ha mirado
Aunque pasó por la puente,
Segun va encolerizado;
Sale por la puerta Ehira,
Y por la Vega se ha entrado.
Camino va de Antequera,
En Albayaldos pensando:
Hallar desea al Maestre,
Para hacerse bien vengado;
Y en llegando junto á Loja,
Un escuadron ha encontrado,
Todo de lucida gente,
Por señas un pendon blanco,
En medio una cruz roja
Del Apóstol Santiago.
Llegándose al escuadron,
Sin temor ha preguntado
Si venía allí el Maestre
Que Don Rodrigo es llamado.
El Maestre allí venía,
De su gente se ha apartado,
Y dijo: —; Qué buscas, moro?
Yo soy el que has demandado.—
Conócele luego el moro
Por la cruz que traía al lado,
Y tambien en el escudo,
Que lo tiene acostumbrado:
—Dios te guarde, buen Maestre,
Buen caballero estimado:
Sabrás que soy Aliatar,
De Albayaldos primo hermano,
A quien tú diste la muerte,
Y le volviste cristiano,
Y agora soy yo venido
Solamente por vengarlo:
Apercíbete á batalla
Que aquí te aguardo en el campo.—
El Maestre que esto oyó,
No quiso mas dilatarlo:
Vase el uno para el otro.
Muy grande esfuerzo mostrando.
Dábanse grandes heridas,
Reciamente peleando:
El Maestre es valeroso,
El moro no le ha durado;
Finalmente le mató
Como varon esforzado:
Cortárale la cabeza
Y en el pretal la ha colgado.
Volvióse para su gente
Muy malamente llagado,
Y su gente lo llevó
Do fuese muy bien curado.

(PEREZ DE HITA, Historia de los bandos de Cegris, etc.)

¹ Es una de las muchas repeticiones de un mismo asunto. (Véase la nota ¹ del anterior.)

4110.

MUERTE DEL MAESTRE DE CALATRAVA DON RODRIGO TELLEZ DE GIRON, EN EL SITIO DE LOJA.

(Anónimo.)

De Córdoba partió el rey
Don Fernando de Castilla:
El año de cuatrocientos
Y ochenta y dos se cumplía.
Con él la flor de sus reinos
Y muy gran caballería,
Vanse camino de Loja,
Porque cercarla quería.
Hizo sentar su real
En parte do no cumplía,
Entre unos olivares
Do grandes cuestras había,
Cerca de Guadajenil
Que junto de ellos corría;
Y por mas seguridad
Del real que allí tenía,
Mandó á Don Rodrigo Tellez,
Que de Giron se decía,
Maestre de Calatrava,
Esforzado á maravilla:
Tambien al conde de Ureña,
Su hermano, que allí venía,
Y lo mismo á Don Alonso
De Aguilar y de Montilla,
Que en una crecida cuestra
Que allí cerca se hacia
Mas cercana á la ciudad,
Peligrosa á maravilla,
Que de Santo Albohacen
Por los moros se decía,
Pusiesen allí su estancia
Porque mas peligro había:
Viendo aquesto el Alatar,
El cual á Loja tenía,
Un moro muy esforzado
De extremada valentía,
Salió luego con su gente,
Que tres mil moros había,
Por herir en los cristianos
Que las estancias tenían:
Y en todos estos reencuentros
Muy gran daño les hacia,
Por estar mal asentado
El real, como se via,
Y no poder socorrerse,
Porque el sitio lo impedia.
Los moros muy orgullosos
Salieron al quarto día
A la cuestra que el Maestre
Y esotros grandes tenían,
Y trabaron la pelea
Con las guardas que allí había.
Visto por estos señores
El daño que recibían,
Muy aprisa cabalgando
A su gente socorrian.
Los moros con gran cautela
Dieron muestra de que huían,
Y apartaron los cristianos
De la estancia que tenían.
Luego salió un escuadron,
Que en una celada había,
Y suben presto la cuestra
Con grita y gran alegría,
Y entrados en esta estancia,
Que nadie la defendía,
Matando muchos cristianos
Robaban lo que querían.
Visto por el buen Maestre
El daño que se hacia,
Por hallarse el mas cercano
Y el primero que venía,
Recogiendo los que pudo,
Con los moros se envolvía,

Donde con muy poca gente
Mostró su caballería,
Y hasta dónde llegaba
Su esfuerzo y gran osadía.
Pero aventuróse allí
Mas que á un señor convenía,
Porque se puso en lugares
Que los moros detenía,
Do recibió tantas llagas
Que todo sangre corría,
Entrado en las grandes priesas,
Donde mas peligro había.
Entretruvo la batalla
Muy á costa de su vida,
Hasta que toda la gente
De tras los moros volvía,
Y allí cayó luego muerto
De las llagas que tenía,
Y en especial dos saetadas
Muy graves á maravilla.
Así murió el buen Maestre
En lo mejor de su vida,
Por ser de edad de veinte años;
Fué su muerte muy sentida
Por el Rey y por la Reina
Porque mucho le querían
Por su extremado valor,
El cual mostró en este día,
Que el postrero de los suyos
La fortuna hecho había.

(FUENTES, Libro de los cuarenta cantos, etc.)

4111.

LAMENTA MUZA LA MUERTE DE SU AMIGO EL MAESTRE DE CALATRAVA.

(Anónimo ¹.)

Mira el cuerpo casi frio
Que está despidiendo el alma
Del malogrado mancebo
Maestre de Calatrava,
El valiente moro Muza,
Que era hermano de Abenamar,
Rey de Granada y su tierra,
Y señor de la Alpujarra;
Y trayendo á la memoria
El amistad celebrada
Entre Muza y el Maestre
Cuando por fuerza de armas
Sacaron los dos amigos
De la fuerza del Alhambra
A Arbolea, hermosa mora,
A quien Muza mucho amaba;
Y mostrando lacio el cuerpo,
Que roja sangre derrama,
Le toma en sus brazos Muza,
Y llorando así le habla:
—; Cuán desdichado fué el día
Que yo salí de Granada
A socorrer á Galera;
Que nunca en Galera entrara!
¡Ay de mí, que mejor fuera
No estar con el Rey en gracia,
Que ver morir en mis brazos
Tal amigo y tal espada!
Despierta, amigo, le dice,
Y háblame una palabra,
Si no quies que la pasión
Deje mi cuerpo sin alma.—
Procura sacar el moro
La flecha que fué la causa
De su muerte, y no se atreve,
Por no hacer mayor la llaga.
Despertaron al Maestre
Las lágrimas que derrama
En su macilento rostro
Su leal amigo, y le habla: